

# Vicisitudes de un cibernauta melómano

Pablo Espinosa

El 6 de enero comenzó la transmisión digital de los conciertos de la Orquesta Filarmónica de Berlín. Fue el umbral a un nuevo episodio de la cultura musical del mundo.

Los atractivos de la página en Internet de la que muchos consideramos como la mejor orquesta del planeta —sin perder de vista ni de oído a la Filarmónica de Viena— se elevaron por encima de las consultas anteriores, que consistían en mantenerse informado de la actividad de ese agrupamiento y mentalizar un eventual viaje a la capital alemana para disfrutar del programa elegido luego de consultar el calendario en la web.

Por cinco euros, pudimos adquirir un boleto de entrada al concierto inaugural de la Sala Digital de la Filarmónica. ¡Cinco euros! De manera que nos salió gratis el boleto de avión en viaje redondo, primera clase, el alojamiento en un buen hotel berlinés, los desayunos, las comidas, las cenas y las cervezas rubias. ¡Cinco euros!

Claro, lo único tangible del párrafo anterior fueron los cinco euros y eso también es relativo, porque se paga mediante una tarjeta de crédito cuando uno realiza la transacción desde el hogar, con ese temor fundado de cara a la clara vulnerabilidad del consumidor en línea, es decir de las compras por la red.

Se trata entonces de un viaje virtual, término de cuño reciente aparejado a los anglicismos, algunos de los cuales la mismísima Real Academia de la Lengua ha tenido que adoptar entre sus nuevos súbditos y subordinarlos a su lexicón.

Así como cada vez más personas en México conjugan el “verbo” *forwardear* y algunos “traducen” *emilio* por e-mail, otros “chatean”, unos más *guglean* y todos *cliquean*, ahora también muchos

melómanos podemos cumplir el sueño dorado de seguir las temporadas de la Filarmónica de Berlín, así sea de manera virtual, es decir por Internet y eso sí, desde nuestra casa, en bata y pantuflas.

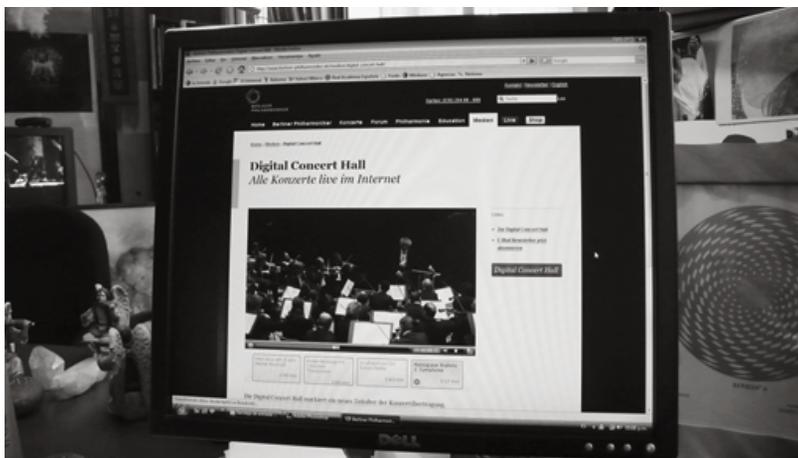
Si uno accede (“entra”, en el argot de los cibernautas) a la página en Internet (“portal”, siguiendo la misma jerga, porque en la computadora uno no arrastra la cobija, sino la jerga) encontrará una nueva opción (“pestaña”, siguiendo la etcétera) que se llama Digital Hall, luego de accionar el ratón (*cliquear el mouse*, según el español cibernáutico) el azorado navegante es recibido con un sonoro y bien articulado “welcome to the *berlina filarmónica* (si seguimos la fonética berlinesa que se escucha en los altavoces de la computadora) digital hall...” con las explicaciones para registrarse y comprar boletos pero antes... tantantaaaaáááánnn —aparecen los obstáculos, inconvenientes, los asegunes, be-moles y demás entuertos que terminan por definir la euforia de los *gadgets* (dispositivos electrónicos tales como *Ipods*, *Iphones*, *Palm* y demás juguetitos) y los avances vertiginosos de la tecnología doméstica: transición, simple y vulgar transición, porque mientras muchos se visten de profetas y/o dictaminadores de los destinos ajenos, bajan el pulgar como los césares en los circos romanos para dictaminar la “muerte” del disco compacto con música grabada, cuando estamos apenas en el comienzo del umbral de un cambio, eso sí, vertiginoso.

El tema es amplio y largo. Baste citar por lo pronto dos extremos del poliedro: las ventas de discos compactos se desploman día con día. En contraste, quienes gustan de la música no dejan de

comprar los discos. De hecho no ha desaparecido el de acetato, cuya escucha no ha sido superada ni por el sistema más complejo de la tecnología reciente.

Claro, hablamos de calidad de sonido, de reproducción, calidez y atmósfera que proporciona un disco de acetato, con un amplificador de bulbos, que siguen siendo insuperables, aunque no entre uno a la categoría exquisita de los melómanos “audiófilos”. Por último y por el momento, los *gadgets*, incluidos los celulares y la “bajada” de música por Internet está diseñada para cancioncitas, que es una manera amable de englobar el procedimiento mediante el cual se “encripta”, es decir, se vuelve de plástico mucha música que en Mp3 y en Ipod y otros *gadgets* se escucha con una merma muy grande de calidad de sonido, a menos que sea uno experto o ingeniero en Sistemas y además se compre unos sofisticados aparatos para mejorar el sonido, pero éstos son costosísimos y además en poco tiempo serán obsoletos y hasta el momento la atención más dedicada a la música de concierto es escasa y es la que ahora nos ocupa. En todos los casos, las evidencias muestran que para eso, como dirían los clásicos, estamos todavía en pañales.

Porque, 5 de enero de 2009, uno está al teclado de la computadora y en la pantalla vemos un recuadrado con imágenes de la, esa sí, sin duda ni discusión alguna, la mejor sala de conciertos del planeta y se escucha el *scherzo* de la *Sinfonía Octava* de Bruckner ejecutada por la mejor, o la segunda mejor si alguien prefiere a la filarmónica vienesa, o rquesta del mundo y vemos enseguida en esa pantallita dentro de la pantalla de la



Transmisión digital del concierto de la Filarmónica de Berlín, 6 de enero de 2009

computadora al mismísimo Sir Simon Rattle, director titular de la filarmónica berlinesa, que sonríe mientras dirige en su turno el *Allegro con Spirito* de la *Segunda Sinfonía* de Brahms, y entonces somos muy pero muy felices y esta felicidad no tiene nada de virtual porque ya a estas alturas hemos asimilado culturalmente la transición tecnológica y estamos ubicados en la era del disco compacto devedé que nos permite apreciar sonido e imagen de conciertos, representaciones operísticas y filmes musicales a placer.

El referente del devedé se acomoda muy bien para ubicar el punto de la transición en el que aparece la modalidad de los conciertos sinfónicos transmitidos por Internet.

Funciona como parámetro porque sigue principios semejantes pero tratándose de un soporte o fuente de alimentación distinto, es decir que mientras el devedé es un disco grabado con todas las de la ley y todas las garantías posibles para su disfrute óptimo, los conciertos por Internet hacen agua como barco pobre porque la tecnología no ha avanzado, enero de 2009, lo suficiente como para poder garantizar que todo será miel sobre hojuelas, o mejor dicho, nota sobre nota, punto contra punto.

Regresemos, para ilustrar mejor el intríngulis, al punto donde nos quedamos antes de comprar nuestro boleto para el concierto de la Filarmónica de Berlín por Internet: estábamos en el mensaje berlinés de bienvenida, en inglés pero con

pronunciación alemana (*berlina filarmónika*) y en las instrucciones para registrarse y recibir información mediante el correo electrónico personal que se nos solicita.

El primer inconveniente puede resolverse si nuestra *compu* cuenta con el mínimo necesario de capacidad para seguir el “tutoreo” (más jerga “técnica” para seguir hablándonos de tú) que nos brinda la página de Internet de la Filarmónica de Berlín.

Nos explica una leyenda o “ventanita” emergente que para continuar debemos depositar sin colgar otra moneda... (perdón, ésa es una tecnología ya caduca, cuando en el año Uno Caña y luego en el Dos Pedernal se terminaba el tiempo telefónico en plena calle y sin monedas fraccionarias en metros a la redonda) que para poder continuar debemos “bajar”, o bien “instalar” en nuestra *compu* la nueva versión del programa *Flash Player*, necesario para la transmisión de las imágenes y el sonido y luego también las instrucciones nos guían (“tutorean”, sin ser taurinos) en la red para instalar la versión más reciente, la número nueve, del programa *Adobe Reader*.

Y para todo esto hicimos el esfuerzo de seguir las instrucciones en alemán, como aparecen las indicaciones en pantalla, como parte del “tutoreo” que brindan los berlineses, hasta que, una vez completado el lento y sinuoso camino cibernético para poner al día nuestra *compu*, nos percatamos de que las mismas instrucciones en alemán aparecen, más

abajo, en inglés, que es más fácil y hasta el momento “el idioma” en Internet. Caracho.

El siguiente paso es el crucial. El tutoreo nos remite al “Stream test”, una prueba de fuego, una suerte de “demo”, videoclip, filmación o corte especialmente diseñado para calibrar la capacidad de nuestra *compu* en función de recibir correctamente la señal a la hora de la verdad, es decir, a la hora de la transmisión del concierto, que en realidad es retransmisión y además recordemos que es virtual. Recórcholis.

En una pantallita aparece entonces la Filarmónica de Berlín en acción, con el sonriente Rattle a la batuta y lo que vemos y escuchamos nos deja boquiabiertos, estupefactos, maravillados y a medias. Porque algo semejante a un *coitus interruptus* acontece a la hora de la hora: la imagen y el sonido se congelan, todo se detiene, no se para, se detiene y Rattle queda en posición de patita de ángel, como en el juego de los encantados, mientras una bella violonchelista rubia nos regala su sonrisa congelada y el maestro del clarinete detiene el vuelo de su abejorro en plena curva descendente y el de los timbales se queda en posición equivocada, como si intentara pellizcar el parche de su timbal izquierdo, como en improbable *pizzicato*, sólo posible en uno de los dibujos melómanos de Quino.

Luego de interminables treinta, cuarenta y cinco segundos, la imagen retoma su ritmo para volverse a detener cinco compases adelante. Eso sí, la experiencia no deja de resultar interesante porque podemos analizar con mayor profundidad la partitura y también la técnica para dirigir que gobierna a Rattle: ya la anacrusa cruzó la zona de congelamiento y la sonrisa ratteliana conduce un pasaje hartamente difícil que los berlineses resuelven con una mano en la cintura y la otra en el diapason.

Si transcurre un minuto y medio sin que la imagen se congele el alborozo no se agota. He aquí a la mejor orquesta del mundo con una de las mejores batutas del momento glosando a Brahms, soltando la lengua y blanca barba del hamburgués en un pasaje *molto vivace* que nos pone la piel de gallina, los ojos entornados y el alma de ángeles.

¡Maravilla! ¡Estamos en el interior de la

mejor sala de conciertos del planeta en una de las experiencias máximas que el buen melómano aprecia como lo supremo, lo infinito y más allá!

Y hasta el momento todo esto ha sido gratis, porque todavía no completamos el examen cibernético para proceder a pasar a la taquilla virtual para pagar cinco euros de a veras.

La demostración avasallante de poderío interpretativo, potencia subliminal, dominio técnico, precisión alucinante y sobre todo capacidad expresiva que raya en lo sublime de esta orquesta y este director y este compositor sucede, entre pausas que uno puede tomar con filosofía (y letras, jeje) o con impaciencia (que es la menos exacta de las ciencias), en la pantallita susodicha mientras debajo de ella aparecen tres opciones, de las cuales por supuesto uno se abalanza de inmediato sobre la más bonita, la que dice “highbandwidth”, pero a la segunda interrupción de minuto y medio (!) nos resignamos y pasamos a la médium pero ni *máiz* ni trigo ni ná dená, descendemos humillantemente a la *lowbandwidth*.

¡Qué bajo hemos caído! exclaman y reclaman teclado y *mausy* pantalla unísonos, aunque no dicen nada ni piensan, porque en la Universidad, cuando las computadoras eran del tamaño de un departamento de interés social y se activaban mediante tarjetotas de cartón perforadas, los *pobresores* de la UNAM nos decían: “las máquinas no piensan, son tontas” y al recordar esa máxima pronunciada en nuestra *Alma Mater* nos sentimos íngrims y solos y buscamos a un ingeniero en Sistemas que nos explica y tranquiliza: “si tienes que utilizar la opción *low* no significa demérito alguno, simplemente que el emisor te está enviando menos información y así sí puede correr bien tu programa” y entonces uno se imagina a su *compu* con sus pants y sus tenis Nike lista para correr todos los programas que le pongan enfrente, cómo carachos no.

Una vez conformados con la opción *low*, pasamos ahora sí a la taquilla virtual, pagamos cinco euros vía Internet y recibimos la confirmación por el correo personalísimo de que nuestra mullida

butaca virtual está lista y el contador electrónico que aparece arriba a la derecha de la pantalla crea una atmósfera de espectacularidad expectante porque virtualmente grita que falta un día con cinco horas y veinte minutos y dos segundos para que nuestra transmisión inicie...

...y el impasse propicia una llamada telefónica a la asistencia técnica de Telmex para preguntar qué hacer y cómo contratar un servicio de banda más ancha que sirva no sólo para oír y ver a la Banda Machos que gusta a muchos pero el asistente técnico nada rudo nos tranquiliza y explica que las dos Megas por las que pagamos nuestro paquete de Internet en casa son más que suficientes para los conciertos de la mejor orquesta del mundo y que el servicio si-guiente hacia arriba sería de tipo industrial y no es el caso, además sus sensores le indican que en la zona donde vivimos iniciaron hoy precisamente el servicio de mantenimiento al servidor y esperan que el problema se resuelva “a la brevedad” y a uno que se le queman las habas y se le calcinan las solfas porque ya falta un día con tres horas y un minuto para el concierto así sea en la sección *low* no importa, porque es la mejor sala de conciertos del planeta y además la *compu* cuenta con bocinas Bose y son cinco bocinas cinco y alta definición en la pantalla y qué felicidad tener boleto para la Filarmónica de Berlín.

Por fin, el día del concierto. Según el contador cibernético de cuenta regresiva el ritual sagrado iniciará por allá de las ocho de la noche, de manera que se puede cumplir tranquilamente la jornada laboral.

Por azares precisamente laborales, “entramos” al correo personal y encontramos un amable *Erinnerung* (recordatorio, en alemán): estimado suscriptor, debido al éxito de la primera experiencia en nuestra Digital Hall, hemos tenido una demanda

excesiva, de manera que le recomendamos co-nectarse temprano a nuestra sala, pues el concierto iniciará en noventa minutos... ¡dioses del Olimpo y lugares circunvecinos! el *Erinnerung* entró a las 11:30 horas y son ahora las 14:00 horas ¡ya comenzó el concierto! Seguimos la ruta cibernética y nada, como en los conciertos de a veras una vez iniciado el concierto se cierran las puertas y ya nadie entra y aquí ni siquiera en el intermedio ¡santa Cachucha, cinco euros tirados al ciberespacio! ¡Todo por no tener el tiempo de ocio de las personas normales! Porque hoy la tecnología, como no piensa, da por hecho que toda persona tiene tiempo de sobra, además de que habría que doctorarnos en automático en Ingeniería de Sistemas. Caracho.

En la Digital Hall sólo aparece el contador en reversa: faltan cuatro días con equis horas y *ye* minutos, yeah yeah, para el siguiente concierto. Y uno tiene la opción de comprar un abono para toda la temporada, con acceso a todos los conciertos desde ahora y hasta agosto de 2009 además de acceso a material de archivo, por lo pronto una sinfonía de Bruckner, además de la opción de ver las veces que queramos los conciertos transmitidos y todo por el precio especial de introducción de ochenta y nueve euros, es decir menos de tres euros por cada concierto de la temporada de la Filarmónica de Berlín.

El escenario es dantesco en el mejor sentido. Paraíso: un boleto para la Filarmónica de Berlín en la mano. Infierno: por no tener tiempo de ocio como la industria da por hecho que tenemos todos de sobra, nos perdimos el concierto, en una suerte de cambio de horario sin cruzar el Atlántico y con *jet lag* de lujo, “llegamos” verdaderamente tarde a la sala de conciertos, que es virtual. Purgatorio: el limbo virtual (decretado inexistente en fechas recientes por el Vaticano) en el que está la *U*cciedad

¡Maravilla! ¡Estamos en el interior de la mejor sala de conciertos del planeta!